



Daniela Camacho

IV

Sólo los insomnes copulan con la noche. Con su sexo embravecido tañen nubes y fantasmas. Resucitan la lujuria de los astros con el néctar de su lengua, gimen soledades, soledumbres. En la arena de sus ojos cada uno lee el infierno, la ceniza, la raíz. Incurable la tristeza. Violento desrecuerdo. Sólo así eyaculan la nocturnidad: blancas lágrimas de polvo, de penoso verbo: lágrimas de lirio, *delirio*.

V

Soy tan ave como aquél que incineró sus alas y reptó entre sol y soledad. Soy tan luna como aquella mariposa que alardea sin alarido y sin alar. Soy tan mujeril y hembruna como todas, casi muerta, casi insomne, casi triste: *astrísima sirena del asfalto*.

VI

¿Sabe el triste que la noche verba su locura bajo sábanas de asfalto y podredumbre? ¿Sueña el hombre con mis pechos violentísimos y secos para merecer así su llanto y su lujuria? Nada sé del que agoniza: ni la sal de sus insomnios, ni el tremor de sus pupilas. No sé sus lenguares manos que torturan carnes de otro cuerpo, de mujer hambrienta y dolorida. Nada sé. No las cicatrices de su vientre, no la tierra de su tumba... ni el silencio. Sólo sé la más terrible ausencia: su tristar apenas muerto, ya lejano, mudecido.

VII

¿Cómo desgranar la náusea de altos ojos y nochísimos insomnios? ¿Cómo prender fuego a la terrible soledad? Tiemblo en el umbral de la locura, allí donde la tinta de los pájaros me silba: *Eterno será el sueño de la insomne, eterna la ternura de su espalda. Con sedientas alas bajo el pubis lactará la lumbre de sus pechos. Nadie morderá semillas en su vientre, nadie va a tatuarle el cuello con estrellas. Sola y lutecida reptará su muerte: sola en sus larvísimos desvelos*.